

EL VIEJO Y EL ÁRBOL

Rony Fernando González



Hubo una vez, hace ya muchos, pero muchos años, vivía en la campiña de un bello país llamado Quetzalandia, un niño y su familia.

Creció feliz, entre caballos y animales de corral, correteando entre maizales en juegos de patojos.

Era un niño feliz, a pesar de su pobreza, y eso le convenció de por vida, que el dinero no lo era todo. Se compraban las cosas materiales, más no la felicidad, la libertad, eso no tenía precio, al menos, en especie monetaria, con sonido metálico.

Que se era más libre correteando y jugueteando entre sus amiguitos, al aire libre, sin tropiezos y sin prisa.

Su padre poseía una pequeña parcela, algunas hectáreas de pasto alimentaban al ganado vacuno y el niño ayudaba a sus padres, después de la escuela, en los quehaceres de la propiedad de la familia. Se ocupaba de encerrar al ganado en sus corrales, separando las vacas de sus crías, para que pudiesen proveer de leche, la mañana siguiente.

Cierto día descubrió cerca de un arroyo; detrás de la cocina de su casa, una plantita, la pobre planta hacía esfuerzos para sobrevivir entre las piedras, apenas sacaba sus hojitas hacia el cielo, buscando desesperadamente la luz del día, para que el dios sol le colmara de su energía.

Sus frágiles ramitas, endeble y sin fuerza apenas se sostenían de pié, entonces, el niño, con tanto cuidado, separó las piedras de la planta, la arrancó con ternura y la resembró más lejos, en un lugar alejado de las piedras, en un lugar más plano, a corta distancia de la casa. La cercó con varas de bambú, para protegerla de las aves de corral y de los cerdos.

A partir de entonces, todas las mañanas la regaba con agua fresca del manantial, la abonaba de tiempo en tiempo y le prodigaba todos sus cuidados.

Y la plantita creció, se hizo arbusto. ¡Era un lindo árbol de mango!

Y el niño velaba por el arbusto, cotidianamente, con esmero para que no le faltara a su arbusto, sus cuidados, su entrega.

Al correr del tiempo, el niño creció, llegó la hora de ir a la escuela, de conocer nuevos amigos.

De regreso a casa, siempre llegaba al arbusto, a presentarle, a su amigo el arbusto a sus amiguitos, les pedía que le respetaran, que no le hicieran daño, porque el arbusto era su amigo

Y entre visitas de chiquillos, un buen día de primavera, el arbusto mostraba recostados sobre el tronco de sus ramitas, los primeros capullos que pronto se convirtieron en flores que saturaban el espacio de un perfume delicado, suave, profundo.

Luego le surgieron ciertos botones verdes, diminutos botones verdes al principio, que se formaban al caer de las flores, eran los primeros mangos, sus primeros frutos, sus primeros retoños.

El niño se sentía feliz ¡Su amigo el arbusto le mostraba a su familia, a su prole!

Con el correr del tiempo, aquellos diminutos frutos fueron creciendo, adquiriendo un color muy peculiar, de lo verde pasaron a lo amarillo, luego en un juego policroma, se fundían los colores, luego se tiñeron de anaranjado color, hasta tornarse rojos de púrpura encendida.

Eran unos enormes, jugosos, fibrosos y deliciosos mangos, que al comerlos, sus fibras se estancaban y se enredaban entre los dientes de quienes probaban de aquel delicioso manjar, regalo del Cielo, como queriendo prolongar en el paladar, aquél gusto tan singular.

Y el arbusto proveía siempre, en todo tiempo, aquellos exquisitos y hermosos frutos.

Los más afortunados eran los niños, de ida a la escuela, o de regreso a casa, siempre encontraban dispersados por el suelo, un tapiz saturado de aquel manjar, en todo tiempo, en cualquier estación del año.

En invierno, como en verano, todos los niños degustaron, a sus pies, el fruto generoso del mango, el árbol amigo.

Y corrió el tiempo y los años también.

Y el niño se hizo adulto y el arbusto se hizo árbol.

Un buen día, simplemente, el hombre desapareció.

No se le vio más por mucho tiempo; el árbol, su amigo, alzaba sus ramas hasta el cielo para poder divisar en la lejanía, el regreso de su amigo que de seguro volvería pronto.

Parecía enviarle su mensaje con las brisas del viento, como queriendo decirle: "Adóndequiera que estés, vuelve"

Y entonces, cierta tarde de verano, le vio aparecerse en el horizonte, al aproximarse vio que era acompañado de otra persona que el árbol no había visto nunca por los alrededores.

Iban tomados de la mano, se les veía sonrientes, felices y entonces el árbol vio a su amigo, el hombre, con un rostro que nunca antes le había visto.

Sonreía, emanaba una energía hasta entonces para el árbol desconocida.

El árbol no podía comprender, cosas de humanos talvez, aunque la razón era simple. ¡El hombre se había enamorado!

Sin comprender nada, obedeciendo a una ley, a una orden natural, el árbol soltó una bella flor, como prueba de su beneplácito ante tan distinguida visita.

El hombre recogió la flor del mango y la depositó en el cabello, en aquel abundante y voluminoso cabello, repostada sobre la oreja,
Y la mujer sonrió.

El hombre era feliz, como nunca antes le había visto el árbol. Y se congozó con él, con su felicidad contagiosa.

Y fue a la sombra del árbol que el hombre conoció el amor, se hizo hombre, degustando aquel festín que sólo el amor produce.

Pero cierta vez, algunas lunas después, el hombre llegó solo, se le veía triste, muy triste, acabado, derrotado.

Se sentó a la sombra del árbol, extrajo una botella muy bien guardada y se la tomaba en grandes sorbos, mientras lloraba; el hombre sufría.

Y le contó a su amigo, el árbol su inmenso dolor, su amargura; la ingrata se había marchado, le había abandonado por irse con otro hombre, que le ofreció riquezas, la luna, el sol y las estrellas.

Y el árbol sintió entonces compasión por su amigo, le rozaba el rostro con sus ramas, le acariciaba el pelo alborotado. Y el hombre se quedó dormido a los pies de su amigo, el árbol.

Y así pasó el tiempo, para el hombre y su árbol, su amigo.

Y el adulto se hizo viejo, el árbol se hizo más árbol.

Y el viejo se sintió cansado, se sintió enfermo, fue entonces a refugiarse en las enormes y salientes raíces del mango, se reposó sobre su tronco, y poco a poco, se fue dejando llevar por los años, por los tantos años llevados encima.

Le traicionaba su cansado corazón, que le latía tan fuerte que casi le salía de sus cavidades. Se fue quedando dormido, sabía que había llegado la hora, su última hora, miró una última vez hacia el cielo, buscando en las hojas del árbol, su amigo, su viejo amigo. Se despedía así, el viejo de su amigo; el árbol.

Y entonces, mientras el viejo moría, lentamente, sin prisa, el árbol, su amigo extendió sus ramas a ras del suelo, por un buen momento, le acarició con sus hojas el rostro, y aunque era después del medio día, sendas gotas de rocío emanaban de las hojas.

El árbol lloraba a su amigo.

Luego, envueltos ambos en una extraña neblina, el árbol se abrió desde su tronco, y aspiró el alma del hombre muerto.

Y el viejo se transformó en árbol y el árbol se mutó en humano.